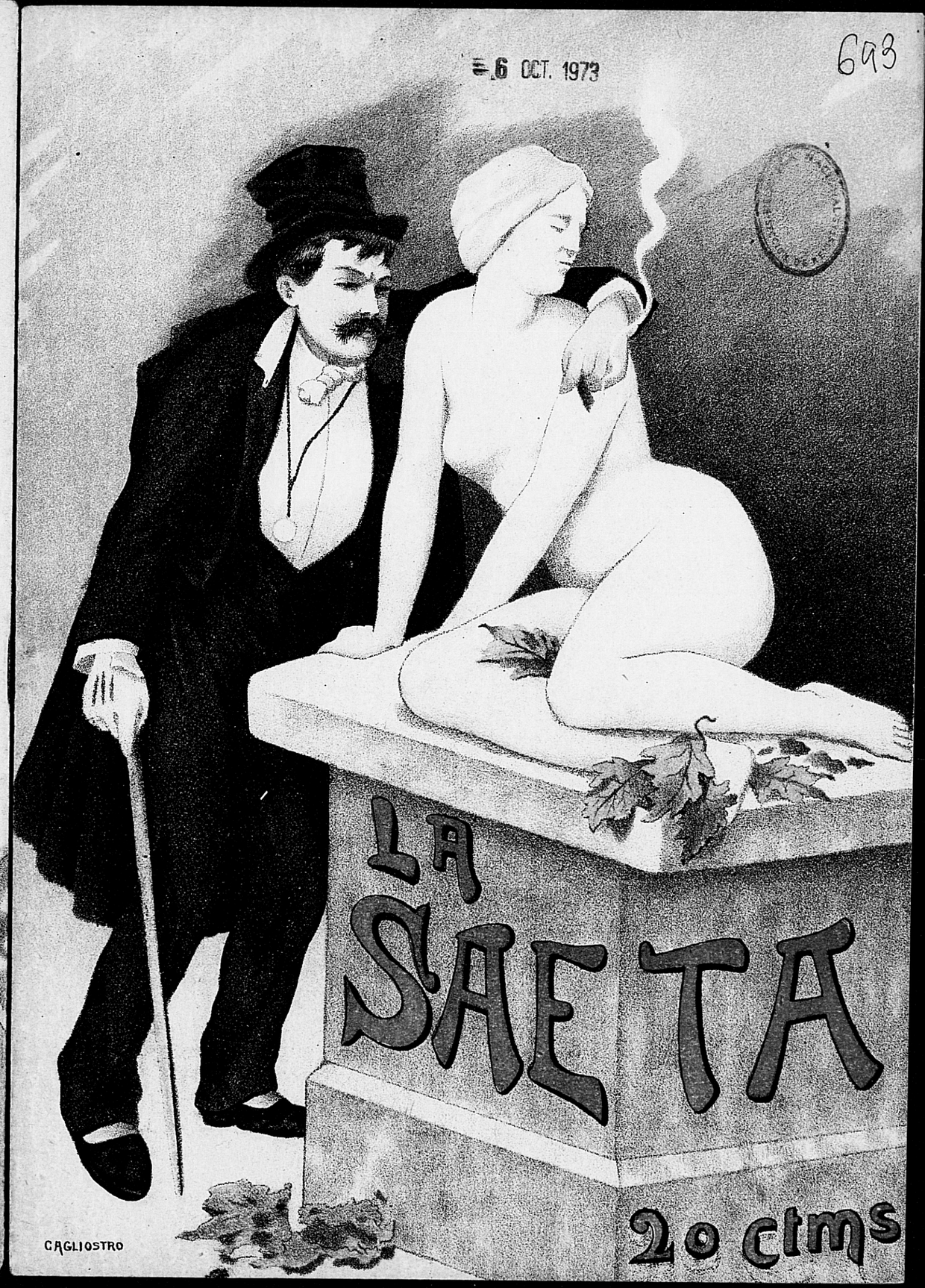


Correremos en pos de la felicidad,
con mucha, pero con mucha velocidad.

6 OCT. 1973

693



MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Findama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Me han dicho que estás en relaciones con la voluble Conchita.

—Así es.

—¿Y ella te ama?

—No respondo de ello; sólo puedo asegurarte qu ha ce cinco minutos me quería.

⁂

Un abonado de la calle de Sevilla se paseaba á cuerpo gentil por la acera en una cruda noche de invierno, y al verle un amigo le dice admirado:

—Pero hombre, ¿no tienes frío?

—Lo que no tengo es capa.

⁂

Un joven pretende á una viuda joven y guapa.

—No creo,—le dice,—que participe usted de la opinión de que la mujer no debe casarse más que una sola vez.

—Nada de eso, amigo mío. Mi pobre madre, de feliz memoria, se casó tres veces, y yo pienso imitar su ejemplo.

⁂

Hija mía,—dice un padre á su niña casadera,—si quieres tomar por marido un hombre que te quiera, cásate con Lucas.

—¿Cree usted de verdad que Lucas me quiere tanto como dice?

—Estoy seguro, y tengo una prueba: hace un mes le presté dinero, y sin embargo no ha dejado de venir á vernos, que es lo primero que hacen todos los que deben algo.

⁂

Viajaba por Holanda Jorge I, rey de Inglaterra. Un día, mientras mudaban el tiro, entró en una posada y pidió un par de huevos pasados por agua.

Al pagarlos, el posadero le exigió doscien.os florines.

—¡Cáspita!—dijo el rey,—mucho deben de escasear aquí los huevos.

—No por cierto,—contestó tranquilamente el posadero,—lo que escasean son los reyes.

⁂

Charada

Tengo un *prima* con *tercera*
y además un *dos* con *prima,*
y un perrito que es muy *todo*
y un *prima doble,* debido
al cincel de Pepe Luque,
escultor de gran valía.
Y hago punto y me retiro,
y acabó la charadita.

MORENO

⁂

Jeroglífico comprimido

N	Roti	N
	31	
	lunes martes	

JUAN TALLADA

⁂

Cuadrado

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Substituir las estrellas por letras de forma que vertical y horizontalmente pueda leerse: 1.ª, medida catalana; 2.ª, verbo; 3.ª, adverbio y 4.ª, percha de cerdas.

J. ZALDUENDO

⁂

Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de mujer.
	1	5	4	3	2	4	7	9	En las casas.
		9	6	3	5	6	7	5	Nombre de varón.
			8	9	3	7	6	5	Barrio de París.
				1	2	4	8	9	Piedra preciosa.
					8	7	4	9	Instrumento musical.
						3	7	5	Grado de parentesco.
							4	2	Nota musical.
								4	Consonante.
							1	7	Signo algebraico,
						9	3	5	Tiempo de verbo.
					8	5	4	5	Ave.
				1	8	9	3	9	Metal.
			3	4	2	1	9	4	Verbo.
		8	5	3	2	4	7	9	Clase de juego.
	9	6	3	7	8	5	1	2	Animal mamífero.
3	7	6	3	5	4	2	4	5	Oficio.

PEDRO L. ARZA

Soluciones á lo insertado en el núm. 692

CARADA.—Tabaco.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Por punto, como dos peras.—II, Patas arriba.

CUADRADO NUMÉRICO.—Cartero.

AÑO XV BARCELONA 3 DE MARZO DE 1904 NÚM. 693



AHORA que toda la prensa da lugar preferente á los asuntos del Japón, no he de ser yo menos en este semanario.

Un domador de micos, muy amigo mío, me ha referido infinidad de curiosidades de aquel país. Allí la mujer casada que se cansa de su chino, llama al padre de éste si lo tiene, y en su defecto, al pariente más cercano.

—Mi marido me fastidia,—le dice,—al dar la última campanada de la una de la noche.

—¿Le has encontrado algún defecto?—pregunta el padre ó pariente.

—Es torpe.

—¿Y quieres dejarlo?

—Eso quiero.

—Pues toma este cuerno, y cuélgaselo cuando el gallo de tu corral lance el último canto.

—¿Y yo, qué debo hacer?

—Si piensas seguir soltera, retirarte con tu familia; y si quieres cambiar de chino, se lo pides á sus padres y le cuelgas al cuello dos cuernos cuando el gallo de tu corral lance el primer canto.

Así se hacen los divorcios y así se casan de nuevo los chinos y japoneses, según el domador de micos.

Cuenta éste, que el dueño de una casa de huéspedes donde él estuvo cuando fué al Japón á cazar micos de colores, tuvo la desgracia de enamorarse de una joven japonesa que tenía en calidad de sirvienta. *Mijika,* que así se llamaba el chino, abusó de la sencillez de la pobre chica, y tales escándalos llegó á dar, que se enteró hasta su propia esposa, poniendo el grito en el cielo, como es natural. Ya no había más remedio que castigar al culpable. Y así se hizo.

—¿Eres chino de honor?—le preguntó su esposa, delante de todos los huéspedes.

—Lo soy.

—¿Eres el que ha deshonrado á *Kika?*

—Lo soy.

—¿Eres al propio tiempo mi esposo?

—Lo soy.

—Entonces no podrás negar que también eres un sinvergüenza.

—Lo soy.

—Pues bien: yo te castigo, por mandato de mi dios, á que te hagas pedazos el cráneo contra la roca sagrada, trayéndome en seguida los pedazos para que me los cuelgue al cuello.

Como verán mis queridos lectores, en aquel país todo se lo cuelgan.

El chino adúltero oyó tranquilo su sentencia y salió del comedor como un rayo.

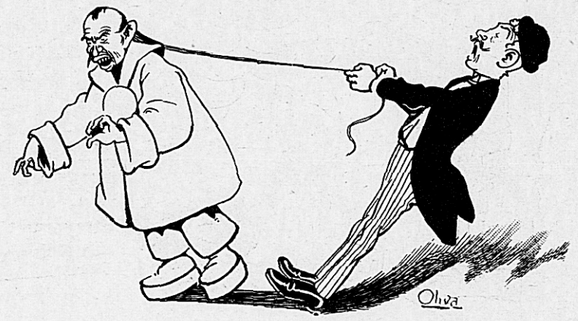
Mi amigo no podía consentir aquel crimen y salió detrás.

—¡Eh! ¡Amigo! Espere un poco, que no es la cosa para tanto,— le dijo una vez en la calle.

—Imposible. Nuestra religión me obliga á cumplir el castigo que se me ha impuesto.

Aquí el domador de micos se agarró á la coleta del suicida para detenerlo; pero todo fué inútil.

El chino tenía más fuerza y lo arrastró con él hasta llegar á un templo en cuyo centro había una roca formidable.



—¡No sea usted bruto!—gritó mi amigo.

Pero el marido desleal desoyó su voz y se atizó el gran topazo contra la piedra.

—¡Se ha estrellado!—murmuró el huésped.

—No, señor; no ha sido nada, —siguió el chino.

—¿Pero no se ha hecho daño?

—Ninguno. Esta roca es de lienzo, rellena de lana de borrego negro. Ahora compro medio kilo de peladillas de *Alkoy*, las meto en una bolsa con chinos pintados, se la cuelgo á mi mujer y vuelve de nuevo la paz al matrimonio.

—¿Y con la pobre *Kika* que hacen ustedes?

—Pues la echamos á la calle, como hacen ustedes en Europa.

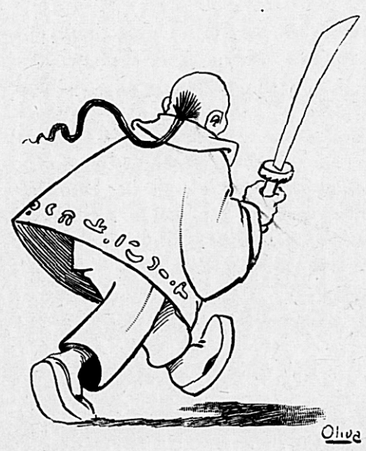
Existen, además, otras costumbres rarísimas.

Cuando un forastero es presentado en una casa, le lava los pies la hija mayor, y el padre ó la madre le hacen tomar tabaco en polvo por las narices hasta que se le saltan las lágrimas.

El primer estornudo es contestado á coro por toda la familia; y después pasa el recién llegado á la sala de recepciones, donde es obsequiado con fruta seca y ensalada de perejil silvestre.

Los desafíos por cuestiones amorosas, se hacen en los circos gallísticos: sirviéndose los contrarios de palos de canela para arrimarse *canela fina*.

Después de bien vapuleados se retiran satisfechos, y besan las manos de la joven causa del disgusto. A los que hacen una estafa de mayor cuantía, se les castiga á destierro forzoso, mandándolos á España... Si una mujer se la pega al marido, es castigada á tirarse á un precipicio.



Pero aun no se ha dado caso de que se cumpla la ley; no por falta de delincuentes, sino porque las chinas y las japonesas hacen lo que les da la gana.

Infinidad de cosas curiosísimas me cuenta mi amigo el domador.

Pero ninguna tan original como lo que se acostumbra á hacer con los que no tienen dos pesetas y se dedican á vivir á costa de los demás.

A éstos, se les obliga á recoger un sable en la casa ayuntamiento, y con el arma desenvainada y en actitud de descargar un golpe, se les hace recorrer las calles sin perderlos de vista.

De este modo cuando se ve á un amigo, se adivina desde lejos las intenciones que abriga contra el bolsillo ajeno, y se le puede *quebrar* en la misma cabeza.

Por ahora hago punto; y si esto sigue adelante, también seguiré yo publicando anécdotas é interesantes narraciones de por allá.

JOAQUÍN ARQUES



—¡Si pudiera juntar el dinero del uno y la juventud del otro!...



Mojigatería andante

Regocijo causa ver, lectoras mías, cómo en esta bendecida tierra de garbanzos y buenas mozas vamos prosperando en moralidad y honestas costumbres, gracias á los paternales gobiernos que nos rigen y se preocupan de nuestra salvación eterna, entregándonos en cuerpo y alma bajo la férula monástica, origen de todo bien, manantial inagotable de ventura, suma y compendio de las delicias humanas y divinas.

Prueba de lo dicho es, ¡oh, piadosísimas lectoras! que desde que abrimos de par en par las puertas á tantos benditos frailes y monjas como en España gozamos al presente, parece nuestro país una balsa de aceite: ni se cometen robos, ni se registran asesinatos, ni se perpetran atentados contra el sexto, ni las autoridades atropellan á los pacíficos ciudadanos, ni se vulnera el derecho, ni se muere la gente de hambre, ni se hace cosa que no sea muy ajustada á lo que la ley determina y el sosiego común demanda; progresa la ciencia, adquiere la industria colosal desarrollo, ensancha el comercio su acción bienhechora sin trabas ni cortapisas, y, en suma, si algunos españoles no se consideran felices, será porque son muy descontentadizos y duros de mollera.

El arte, que en tiempos de locura y desenfreno mostrábase libre, campando por sus respetos, con harto detrimento de las conciencias timoratas, hoy yace sometido á la vigilancia más escrupulosa de nuestros beatísimos gobernantes.

Ved cómo se persigue á sangre y fuego la exhibición de cuadros *provocativos* y *pecaminosos*, semejantes á *Las gracias*, de Rubens; ved cómo se inicia formidable cruzada contra los escritos *picarescos*, aunque no traspasen los límites del *llamado* buen gusto y noble lenguaje, propio de la literatura que huye de lo grosero y bajo en las formas de expresión; ved cómo se proscriben del teatro las obras que por sus tendencias *peligrosas* é ideas *arriesgadas*, pueden influir en el público dirigiéndole por derroteros de perdición.

Así vivimos todos en la más encantadora mediocridad, sumidos en saludable ñoñez, sometiendo nuestra voluntad al criterio monástico; ya nadie piensa... ¿para qué? De esa *funesta manía*, nos han curado por completo los muchos Mauras que por acá mangonean y estamos como el pez en el agua, regidos por reglas sabias y prudentes, en el mejor de los mundos posibles... ¡Gloria á Panglós!

Tales ideas me asaltaron al saber lo que quiero referir.

No hace muchos días, pocos después del último Carnaval, conversábamos varios amigos en el café de *La Montaña*.

—¿Os habéis divertido mucho durante los antruejos?—pregunté.

—Yo sí,—respondió Julio Bellavista.—No puedo quejarme. Por cierto que he de contaros la cosa más original que habréis oído en vuestra vida.

—¡Venga, venga!—gritamos á coro los contertulios.

—Va de historia:

«La escena en el *Lírico:* martes de Carnaval: una real hembra vestida de paje, con la faz cubierta por elegante mascarilla de terciopelo negro... ¡Estaba encantadora!

»Cuando la ví, quedéme como extasiado; figuraos una mujer de formas esculturales, alta, esbelta, de ancha cadera, pechos levantados, piel blanca...

»Sus ojos, negros como la endrina, despedían llamaradas de pasión y voluptuosidad por las hendiduras de la careta. ¡Qué manos, qué cuello! Incomparables, amigos míos, incomparables. Enamorado de su presencia, viéndola sin compañía de ningún género y observando que me miraba con atenta curiosidad, me apercibí al abordaje. Al oir mis primeras indicaciones, hizo ademán de querer alejarse; la detuve suavemente por la cintura... ¡Me río yo de juncos y palmeras donde esté aquel talle!

»Melindrosa al principio, terminó por ceder á mis ardientes ruegos y concederme el favor de bailar conmigo el vals... ¡Pocas mujeres bailarán tan bien como ellas; mejor, ninguna!

»Terminamos y en confianza me dijo que más que bailar, la divertía ver la animación y movimiento propio del espectáculo.

»—Eres de los míos,—repliqué,—y si te parece mejor, subiremos á un palco y desde allí...



—¡Cuánto tarda esta tarde el solemne borrico!

»Parecióle de perlas la proposición y allá nos instalamos con otros amigos, dispuestos á pasar un rato delicioso.

»Apuradas entre broma y holgorio unas cuantas botellas de manzanilla, pasamos al *restaurant;* descubrióse mi pareja y... ¡el delirio! Era una morena ideal. Creí volverme loco y ya estuve á punto de olvidar que no estábamos solos, cuando ella me contuvo, diciendo:

»—Paciencia, señor galán, cenemos ahora, y pronto, pues antes de las doce necesito estar en mi casa.

»Eran las diez y media; se cenó poco y deprisa y aun no habían dado las once cuando salimos del baile para trasladarnos en coche hasta el domicilio de... llamémosla Magdalena.

»Una vez allí, hízome pasar al gabinete: no faltaba en él un detalle de *confort*, gusto y elegancia. Mi compañera consultó el reloj y me dijo:

»—Disponemos de tres cuartos de hora.

»Sentóse junto á mí, estreché su cintura y... podéis suponer lo que ocurrió.

»Rendidos por tantas emociones, dábamos tregua á nuestros deseos mal reprimidos, cuando sonaron doce campanadas; ella, al oirlas, como impul-

sada por un resorte, se levantó y con tono severo me dirigió estas palabras:

»—Llegó el momento de separarnos; terminó el Carnaval y entramos en el período de penitencia y recogimiento; soy creyente y por nada en el mundo faltaré á lo que la devoción impone. Tomaré la ceniza y, desde ahora, sólo me ocuparé en pedir con fe contrita, la remisión de mis pecados. Quise replicar, pero me contuvo exclamando sollozante y cubriéndose el rostro con las manos:

»—Mi fragilidad, hace que caiga con frecuencia en malas tentaciones... ¡Dios perdonará mis culpas como perdonó á la Magdalena!

»Y sin más ceremonias, me acompañó hasta la puerta.

»Yo, asombrado por lo que oía, sin darme cuenta cabal de lo que cambio tan repentino como inesperado significaba, insistí en esta forma:

»—¿Y no volveremos á vernos? ¿Me privarás para siempre de la dicha de verte, de hablarte, de estrecharte entre mis brazos, de oir, loco de amor, tus halagadoras promesas, tus incitantes frases de amoroso delirio?... ¿Habré de vivir lejos de ti, atormentado por el recuerdo de esta noche?



—¡Qué hermosa está la tonta con los ojos caídos!. .

»—Adiós,—respondió precipitadamente.—Acuérdate de mí... y hasta el domingo de Pascua, que vendrás para llevarme á los toros...»

Es que para ella comenzaba el otro Carnaval... ¡el de la mojigatería andante!

LUIS FALCATO

El tercero del Decálogo

No hay duda que nos encontramos en el período álgido de la regeneración, aunque los pesimistas de corte Salisbúryco se empeñen en demostrar lo contrario.

Por esta vez, á lo que parece, y á despecho de profetas, agoreros y videntes del género *vaudevillesco*, parodiando al Lázaro de nuestra leyenda, hemos abandonado el sepulcro de nuestra idiosincrácica inercia para marchar de frente, paso á paso, sin que nos desaliente la peropedina de un recorrido abrupto y dilatado.

Ciertamente que, en tal fenómeno de locomoción regeneradora, ni en poco ni en mucho, ni directa ni indirectamente obra el impulso de la gasolina oficial, marca tan desacreditada, en cuanto á fuerza motriz, como la tracción bovina de que luengos años disfrutaron nuestros mayores; pero, ¡qué importa! que el yacente abandone su tumba á la voz del maestro, ó lo haga por un esfuerzo supremo de su voluntad, ¡qué más da! ello es que el alma existe, que nos anima, que nos impulsa, ¡que vive!...

En todos los órdenes de la vida, el moral y religioso inclusives, ¿quién se atrevería á negar que hemos evolucionado progresivamente? Nadie; sólo una inteligencia miope ó una miopía de origen soberbioso pueden afirmar lo contrario. ¿Quién tatujó nuestra índole con el sambenito de díscolos é indisciplinados? ¿Quién nos motejó de anárquicos é inconsecuentes? ¡Acaso algún dilapidador de vocablos explosivos rebuscados quizás en el fondo de una copa de ajenjo!

Reciente, muy reciente tenemos un ejemplo; tanto que, aun á través de la multiplicidad de impresiones que se suceden en la vida moderna con rapidez cinematográfica, todavía resuena el eco de alabanzas entonadas, como solemne mentís á los obtusos detractores de nuestra disciplina moral.

Toda la prensa diaria se ocupó del hecho, digno de ser imitado por aquellos que blasonan de consecuentes, no tanto por su forma como por el principio de estrecho culto á las ideas que en sí encierra... ¿No recordáis?... ¡No!... Bueno; pues uno de vosotros cogerse de mi americana y así sucesivamente todos los que quieran acompañarme; y, en esta disposición, venid conmigo hasta un almacén de ultramarinos. Ya estamos. ¿Veis aquel atleta de rostro rubicundo y mirar apagado, que ostenta en una oreja un lapicero y en la otra un mango de pluma, y que repiquetea con sus dedos gruesos y velludos sobre el tablero del mostrador? Pues ése es nuestro héroe: el señor Esteban, fervoroso cristiano, y fiel observador de los preceptos del Decálogo; como tal, santifica la fiesta é impone á su dependencia el absoluto descanso dominical.

Ahora atendedme. Son las veintitrés y media de un sábado sereno y apacible; ella, recostada la linda cabecita sobre un hombro, acaricia con su manecita breve y regordeta las rosadas mejillas del barbilindo. De pronto, negros nubarrones, apretándose como rebaño de ovejas asustadas, cubren el horizonte y á poco intervalo las canales dejan oir su monótono gargareo.

—¡Qué feliz soy así!—murmura, apretándose contra su amante.

—¿Mucho?—contesta él, interrumpiéndose al escuchar pasos precipitados y la robusta voz del señor Esteban, que grita:

—¿Dónde está? ¿Dónde está el impermeable?

Mudos de espanto los culpables, apenas si aciertan á separarse, fascinados por la colérica mirada del esposo, que al penetrar en la habitación lanzó un juramento terrible.

—¡Ah, mujer infame! ¡Ha llegado la hora de la justicia! Pero ahora, vete, vete de mi presencia!—ruge el marido escarnecido.—Y usted, señor mío,—añade dirigiéndose á Arturo,—ya comprenderá que no se engaña impunemente á un marido confiado.



—¡Ay, Dios, cuánto te quiero!
—¡Y yo, cuánto te estimo!

Y su diestra blandía un grueso garrote. Cuando ya amaga el primer golpe, un reloj colocado sobre la chimenea da la última campada de las veinticuatro.

—¡Ya es domingo!—exclama el ofendido con desaliento.

Y su brazo cae pesadamente, como obligado por una fuerza invisible.

—Caballero,—dice señalando á su rival la puerta,—mis creencias me impiden romperle una costilla en día festivo; salga usted de aquí inmediatamente y cuide, ¡cuide mucho! que vuelva á cogerlo en día laborable.

¡Todo, todo por las ideas! ¡Ejemplo tan hermoso! ¿No es verdad, lector, que habla muy alto en favor de nuestra regeneración?

EMILIO DÍAZ CORONA



—¡Qué felices se pasan estos ratos contigo!

Una conquista

Hacía una noche magnífica. Recreándome al respirar una brisa templada, que dilataba agradablemente mis pulmones, iba yo lentamente, lentamente...

Era ya tarde, cerca de las dos de la madrugada, y la temperatura continuaba siendo espléndida, deliciosa. Al pasar frente á un teatro importante, ví que salía la gente. Me detuve. Por aquellas puertas estrechas desaguaba el local una inmensa ola de mujeres, todas elegantes, y bonitas todas. Transcurrieron cinco minutos. Ya debían quedar pocas personas dentro. Iba ya á retirarme de aquel sitio, cuando mis ojos quedaron deslumbrados á la vista de un sol esplendoroso. Sí; *aquello* no parecía una mujer simplemente, sino un astro radiante.

Abundoso cabello rubio, peinado con arte, adornaba su rostro lindísimo, de extremada gracia; sus ojos enormes, brillantes y negros, clavaban miradas profundas y tiernas, su seno robusto, fuerte de deseos, atraía con fuerza de imán poderoso.

Me sentí hechizado por aquella diosa, y maquinalmente me dispuse á seguirla.

No iba sola; acompañábala una mujer ya vieja, de ojillos maliciosos y repugnante aspecto, cuyas ropas humildes y mal cuidadas formaban extraño contraste con las ricas y alhajadas prendas con que se cubría la joven. Esto me hizo pensar; pero supuse que la vieja de aspecto repugnante sería una antigua sirvienta de la hermosa muchacha.

Estábamos en una de las calles limpias y espaciosas del centro de la población; yo seguía, con abstracción de imbécil, tras la bella criatura. De pronto, ella se paró en medio de la acera, y volviéndose con rapidez quedó frente á mí. La más propicia ocasión se me presentaba para iniciar mi conquista. Sin embargo, aturdido y más que nunca enamorado, no acerté á pronunciar ni una palabra; solamente mis ojos, al fijarse con tenacidad en los suyos, debieron hablarle de ardientes amores... Quise alejarme un poco de su lado, tratando de ocultar mi turbación, y me detuvo su poder magnético. Entonces ella, que me miraba con mirar muy hondo, díjome, sonriendo maliciosa:

—Oye, simpático... Ven.

Deshízose el encanto que me subyugaba; se desvanecieron al momento mis ilusiones nacientes, y, lleno de confusión y desconsuelo, eché á andar presuroso por la espaciosa calle.

JOSÉ PAREJA

Diálogo eterno

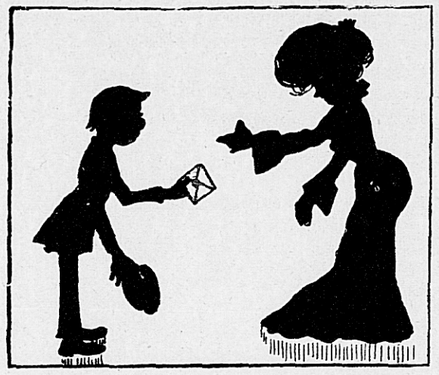
—¡Olé el garbo y la sandunga,
y olé las caras bonitas!
Una mujer tan serrana
no la he visto yo en mi vida...
y eso que continuamente
estoy pasando revista.
—Si es militar, no me *estraña*.
—Me gusta la guasa viva...
¡y usté, más!
—Me alegro mucho.
—Yo también me alegraría
si esos ojos me miraran
como los míos la miran.
Porque, sin *desagerarle*,
es usté gloria bendita.
Y yo, por ganar la gloria,
hago lo que usté me diga.
¿Voy á ser *afortunao*?
—Juegue usté á la lotería,
y, quién sabe....
—Si usté quiere,
me toca el gordo en seguida.
¡Si es usté el único premio
que *camelo* con fatigas!
Pero, hable, que ya me abraso...
—¡Caracoles, qué deprisa
se le ha encendido á usté el fuego
de la pasión!
—Ya ves, niña,
y perdona la franqueza;
es que el cariño me anima...
—Muy pronto le entra el cariño.
—Ya te entrará á ti, alma mía,
cuando sepas con quien tratas.
—Dispense...
—Fuera pamplinas
y al asunto. Ya comprendes
que *este cura* necesita,
como otro cualquier sujeto
particular, una chica
pa quererla y ser *querío*,
que, quien toma, á dar se obliga.
—No se canse; ya comprendo
que va usté á caza de *primas;*
pero, *pa* que usté se entere,
yo no soy de la *familia*.
No nos tocamos *na*.
—Bueno,
eso ya se arreglaría.
—Me ha *tomao* usté por otra.
—No soy tan corto de vista.
—Que le den á usté... recuerdos.
—¡Adiós, princesa!
—¡Adiós... *lila!*

F. GIL ASENSIO



Mas ella se queda triste
y él se marcha tranquilo.

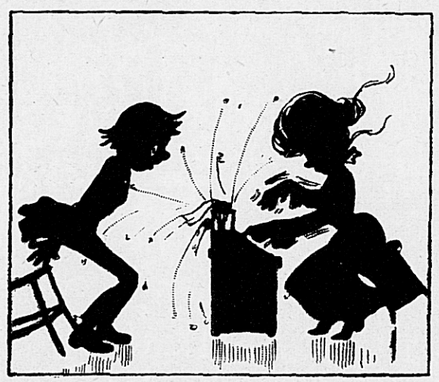
Cuestion de nervios



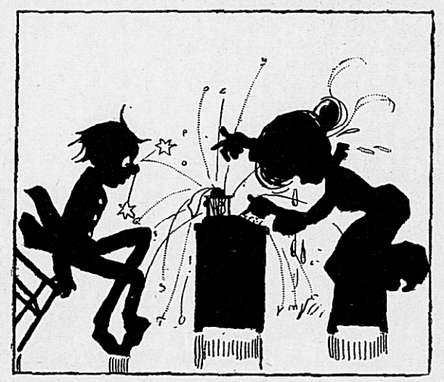
—Señora, esta carta.
—Debe ser de mi esposo que me pide dinero desde el casino.



—¿Que le mande dos mil pesetas? Espera, que le voy á contestar en la máquina de escribir.



«No tengo un céntimo. Ven pronto á que te saque los ojos. ¡Infame! ¡Granuja! ¡Sin vergüenza!



»¡Maldita sea la hora en que me casé contigo! ¡Pillo! ¡Ladrón! ¡Mal marido! ¡¡Jugador sin ventaja!! ¡¡¡Asesino!!!



»Quisiera que esta carta estallara en tus manos y te convirtiese en salchichón de Vich. ¡Mal hombre! ¡¡Cri*minal*!!



—Toma, hijo. Llévale esta píldorita, y que Dios le de suerte.

¿Quién es?

—Y ¿quiénes son, decid, fray Solitario,
esas que así os exaltan?
¿Son tan bonitas?
—Son, fray Tabardillo,
imagen de esas almas
que Dios precipitó para *in eternum*
en infernales llamas
para purgar allí *per omnia sæcula*
sæculorum, sus faltas.
Sus cabellos son negros y sedosos,
con un brillo que igualan
á las infames noches del pecado,
y tienen las pestañas
curvas como las sendas tortuosas
que pierden á las almas.
Son sus ojos *más grandes que las culpas*
que hace siglos purgara
toda la humanidad con el diluvio (¡!)
y en ellos se retrata
esa profundidad aterradora
donde Satán aguarda
los réprobos que mueren en pecado,
y con su brillo igualan
el resplandor del sol cuando intentamos
mirarlo cara á cara.
Un nido de carnales tentaciones
son sus labios de grana,
el cuello torneado y en su base,
de tal manera ensancha,
que á poco que se mire allí, parece
que empieza una montaña
que Dios, por un capricho soberano,
partiera en dos por gala.
Su talle esbelto que se cimbra airoso
como cimbra la palma
cuando el viento suave de la tarde
jugando entre sus ramas
envía á la región del infinito
acaso una plegaria.
Sus redondas caderas...
—*¡Vade retro!*
fray Solitario, basta;
ese monstruo ¿quién es? decidlo al punto.
—Pues es... la valenciana.

FRAY TABARDILLO

Camino corrido...

Al salir de una casa
los otros días,
tropecéme de pronto
con mi vecina:
una muchacha rubia
muy rebonita,
que me trae hace tiempo
de coronilla
sin lograr otra cosa
que tragar quina.
La seguí lo más cerca
que permitían
los pasitos picados
que se traía,
y al pararse un instante
junto á una esquina
deslicé en sus oídos
mil tonterías,
pidiéndole admitiese
mi compañía.
¡Sospecharán algunos
que la chiquilla
pondríase al oirme
muy encendida,
y dándome algún quiebro
me dejaría
plantado, cual los troles
á los tranvías!
¡Pues se han equivocado
si tal creían!
porque la interpelada,
con la sonrisa
más angélica y dulce
que se conciba,
desnudóse su diestra
alabastrina,
y apuntando á la calle
que antes seguía,
con el dedo de enmedio,
dijo, muy fina:
«¡Tome usted el... camino
que se le indica!...»

E. D. C.



Una modelo nueva
que está sufriendo la primera prueba



—Siento decirle, señorita, que esta habitación ya está alquilada.
—Pues, quitando la papeleta se desalquila.

La funda del violín

Se puede ser aficionado á la música, al teatro, á la pintura, á la poesía y otras mil diversas aficiones como cada hijo de madre tiene, pero nunca dejar que la afición se convierta en odisea y te robe horas de descanso y hasta llegar al caso de ponerse uno enfermo.

Casiano Benítez le había dado por tocar el violín, y todas las horas libres que le quedaban cuando salía de la oficina, las mataba arrancando dulces notas de su instrumento. Su madre pasaba las de Caín para hacerle desistir de aquella tenaz manía, exclamando á menudo á su hijo:

—Mira, Casiano, tus aficiones artísticas no me disgustan, muy al contrario. ¿Pero no comprendes desgraciado, que las cosas hechas en demasía nunca resultan buenas?

A estos consejos maternales respondía el muchacho con toda gravedad:

—Lo comprendo, madre; pero quíteme usted este gusto... y me verá morir en dos días como un pájaro frito.

La pobre señora viendo su impotencia en aquel hijo, se retiraba disgustada pensando en los estragos que hacía el maldito vicio en la salud de su Casiano. Este, después de la reprimenda que, por cierto las echaba en saco roto, cogía de nuevo su *instrumento*, y con los ojos puestos en blanco, tocaba hasta reventar, sorprendiéndole muchas veces el alba que aun estaba tocando el violín.

En aquel pequeño instrumento cifraba Casiano toda su felicidad. Lo cuidaba con singular esmero, y, á pesar de contar algunos años de uso, lucía y estaba intacto como el día que lo estrenara.

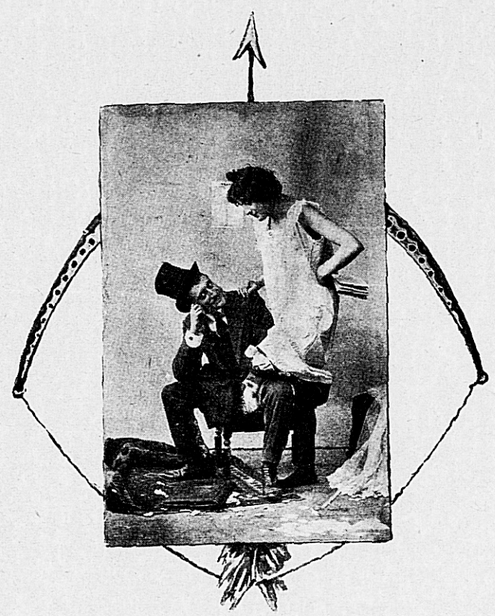
Sus dotes artísticos caseros, salieron un día á la superficie, siendo invitado por el amigo de una guapa moza, á una fiesta íntima que aquélla celebraba. La tal mujer daba mucho que hablar, y traía revueltos á una infinidad de casados, solteros y viudos, por su espléndida hermosura y no ser nada esquiva en satisfacer los caprichos de sus numerosos amigos. Casiano veía llegada, por fin, la hora de su gloria futura. Los días que faltaban para llegar al de la velada, los empleó ensayando para que quedara bien sentado su pabellón.

El día de la prueba llegó. Vistióse de punto en blanco, alisó su melenuda cabellera, dió á su rostro expresión melancólica propia en todo buen artista, y con el instrumento bajo del brazo encaminóse á casa la superfina hembra.

En elegante y regio salón donde reberberaban infinidad de luces eléctricas están reunidos los invitados á aquella fiesta íntima. Sumaban, incluyendo á Casiano, unos diez hombres para otras tantas mujeres bonitas,



—Además, aquí traigo una papeleta citándola á usted ante el juzgado para que pague el alquiler.
—Pues pagándole á usted ahora mismo ya no le debo nada.



—Primeramente hay que quitar la papeleta, pero no alcanzo. Si fuese usted tan amable que me sirviera de apoyo..
—Con mil amores.

contando á la jamona, llamémosla Pepita, que era la que presidía aquella fiesta con caracteres de orgía.

Cuando Casiano Benítez penetró en el saloncillo, mujeres y hombres estaban ya enardecidos; y ahora una pareja, después otra, fueron desfilando ante los atónitos ojos de él, todo aquel enjambre de calaveras, quedándose solo con la juncal Pepita que le miraba con ojos de fuego. En tan embarazosa situación y cerca de aquella mujer, fresca é incitante, que le atraía con miradas incandecentes, Casiano no sabía qué partido tomar, y no hubiera abierto el pico si la graciosa Pepita no hubiese preguntado con maliciosa sonrisa:

—Su fama de gran *tocador*, joven, ha llegado á mis oídos, y deseando apreciar sus méritos personales, le hice invitar por uno de mis amigos.

Benítez, con voz trémula, contestó:

—Agradezco en el alma el interés por usted demostrado hacia mí, y procuraré satisfacer sus deseos.

Pepita, con el semblante risueño y en extremo provocativa, se acercó al galán, llegando á tocar con sus cabellos el rostro de él, y le ofreció coquetonamente una copa de fino *champagne*. Entre sorbo y sorbo, apuró el atontado joven el contenido de la copa, cuya bebida lo hizo espabilar en grado máximo. Pepita, que no esperaba otra cosa, se acercó á su lado, y entre gazmoñerías y jugueteos por una y otra parte desaparecieron del salón cogidos ambos del brazo. Aquel sitio, momentos antes lleno de vida... estaba silencioso. En la mesa veíanse los restos del orgiástico y natural festín. Las alegres carcajadas se habían trocado en suspiros lánguidos y chasquidos de besos.

Al cabo de un buen rato salió Benítez tambaleándose como un ebrio y limpiando el frío sudor que rezumaba de su pálido rostro. Cogió el violín que estaba tirado por tierra y salió de aquella casa como alma que lleva el diablo.

Unos días después de la escena referida, la madre de Casiano no pudo reprimir por más tiempo su anhelo para averiguar lo que pasaba en el alma de su hijo, que estaba triste y lacio como un seminarista, y le interrogó con estas palabras:

—Observo, Casiano, que desde la maldita noche en que hiciste tu *debut* como *tocador* de violín, estás melancólico y afligido. ¿Quieres decirme lo que te sucede?

Casiano levantó su rostro, dos fajas amoratadas cubrían sus párpados, y con triste acento dijo:

—Voy á confesarle, madre, toda la verdad.



—¿Le hago mucho peso?
—Un poquito... no estoy acostumbrado á sufrir estas cargas.



—Bueno; pues lo primero ya está hecho.
—Justo, y ahora á pagar.

Cantares

La pobrecita mi madre
en la agonía me llamó,
y estrechándome en sus brazos
me dió un beso y espiró.

—

¡Cómo quieres que te olvide
si se me quitan las penas
tan sólo con que me mires!

—

Ayer me quisistes mucho,
y hoy me desprecias sin pena.
¡Qué ganga, pierdo contigo
y con mi ex futura suegra!

—

Anda, ve y dile á tu madre
que no me vigile tanto;
que son otros los que tienen
la culpa de tu quebranto.

—

Para rezar en su tumba
en el cementerio entré,
y se formó un arroyito
de tanto como yoré.

—

Llorando te encontré un día,
desde entonces se acabaron
toditas mis alegrías.

GREGORIO GÓMEZ MACEO

—¡Sí, habla, hijo mío!

—Pues bien; la causa de mi tristeza imana de aquella noche, es cierto, pero...

—Continúa, dime lo que te pasó.

—Pues que descuidé de poner la *funda* al violín, y el maldito polvo de aquella casa me lo ha apolillado, y ahora está inservible y no puedo tocarlo.

Su madre calló, y Casiano, con el rostro escondido entre las manos, lloraba la pérdida de aquel intrumento en el que cifraba toda su felicidad.

R. HOMEDES MUNDO

Cuartillas al vuelo

Admirando los primores
que derrocha cuando canta,
afirman sabios doctores
que tienen en su garganta
el nido, los ruiseñores.

—

—¿Sabes, amigo Valcárcel,
que tal persona es don Cleto?
—Hombre, *no está* mal sujeto
desde que ha entrado en la cárcel.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA



—Pues pasa á mi despacho, rico mío,
y allí ajustaremos cuentas.



La que ha de llevar la pluma de pavo real al más valiente caudillo de los japoneses. (2.ª de la serie).

"GÉRMENES"

Así se titula un precioso tomo de cuentos y versos, que acaba de dar á la luz pública el inspirado poeta murciano don Pedro Jara Carrillo.

Dicho libro está esmeradamente editado en Murcia, tipografía de don José Cárceles.

Esta gallarda muestra de ingenio del señor Jara, bastaría para acreditarle de eminente poeta, si no hubiera ya dado suficientes de su inagotable talento.

Reciba nuestra enhorabuena.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas
Año . . . . . 11 »
Extranjero y ultramar, un año . . . 17 »
Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Cramner (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.

BIBLIOTECA NACIONAL